

LA PERSONA Y EL PRINCIPIO DE ESPERANZA EN LA ENCRUCIJADA DEL NIHILISMO DE HOY.

Salomé Parra Rodrigo

Doctoranda UNED. Salorodrigo@yahoo.es

Resumen: Esta reflexión nos sitúa ante la cuestión ¿qué significa vivir en la esperanza para el sujeto moderno en medio de uno de los acontecimientos que más está afectando a nuestra forma de vivir como es el nihilismo? Queremos plantear cómo desde una situación social donde la oscuridad del nihilismo deja a la persona sin referentes de sentido y sin identidad se puede resurgir hacia la búsqueda del ser y de la creación de nuevos imaginarios sociales que vienen a construir de nuevo un sujeto que a partir de su cuerpo subjetivo y su conciencia anticipadora utópica está llamado a transformar la sociedad y orientarla hacia nuevos referentes de sentido y de futuro.

Palabras clave: Sujeto moderno, nihilismo, cuerpo, esperanza, anticipación.

"Sigue faltando lo importante y no cesa por eso de introducirse el sueño en los espacios vacíos".
(Bloch. E)

1. INTRODUCCION

Una de las cuestiones más importantes del derecho y del cuidado de la sociedad es qué sujetos somos. Desde un ámbito más filosófico en el que estoy haciendo una tesis quiero adentrarme en la problemática de qué sujetos está creando la modernidad. Este sujeto se puede abrir desde dos ámbitos desde el crear esperanza ante la falta de referencias y desde el pluralismo moral y este sujeto se va a crear a partir de la conciencia del cuerpo.

En esta reflexión fundamentalmente quiero adentrarme en la pregunta sobre qué significa vivir en la esperanza para el hombre y la mujer de hoy, para el sujeto moderno. El enfoque que voy a dar a la esperanza está orientado hacia un querer situarla en un “aquí” inmanente que nos lleva hacia “lo más adentro” de lo que podemos llamar la existencia o la vida misma¹. Es decir, fundamentar la esperanza en medio de lo que acontece desde un movimiento procesual hacia lo posible. Como dice el autor que con más conciencia ha escrito sobre la esperanza, Ernst Bloch, "no habría posibilidad de reelaborar una cosa según el deseo si el mundo fuera cerrado, lleno de hechos fijos e, incluso, consumados. En lugar de ello hay simplemente procesos, es decir, relaciones dinámicas, en las que lo que ha llegado a ser no se ha impuesto totalmente"².

La esperanza que surge de lo inmanente nos adentra en la estructura interna de uno de los acontecimientos más esenciales que atraviesan y determinan nuestro “modo de ser” mayoritariamente en la actualidad: el nihilismo. Nos detenemos ante él desde la clave de las pérdidas que ha padecido el sujeto como es su falta de arraigo, vinculación e identidad. Desde esta clave vamos a escuchar lo perdido, la nada como condición de posibilidad para poder ir hacia la recreación de nuevos fundamentos de comprensión del sujeto y de la realidad y desde aquí poder recrear la realidad ontológica de la esperanza.

Esta esperanza para nosotros va desde el no-ser a la escucha de la llamada a ser en su posibilidad, siguiendo la tesis de Michel Henry³, que comprende el sujeto como un cuerpo subjetivo trascendente, que vive afectado y en espera hacia lo que tiene que ser, es decir lo que podríamos denominar también un “ser utópico”⁴ que en su conciencia anticipa lo que se espera, a través de intervenciones simbólicas en la realidad, que se materializan por medio de su trabajo en obra gestadoras de una nueva humanidad.

¹ “Y la inmanencia no es sino aquel espacio especialmente íntimo (en el sentido latino del término *intimus*, como superlativo de interior: “lo más adentro de”)", en TEBEA DE LA FUENTE, V., “Yo soy mi cuerpo. La concepción henryana del ego como emergencia de una subjetividad corporal desde la inmanencia radical y patética de la Vida" en *Daimon. Revista Internacional de Filosofía*, Suplemento 5, 2016, p. 5. Disponible en la web:

<http://dx.doi.org/10.6018/daimon/270521> (consultada el día 5/02/2017)

² En BLOCH, E., *El principio esperanza*, Madrid, Edición Trotta, 2007, V.1, p. 238.

³ Vid. CARDO LLORENTE, J., "Cuerpos habitados por la misma carne: implicaciones antropológicas de la teoría de la corporalidad de Michel Henry". En *Estudios de Filosofía*, 2016, nº 53, p. 21.

Disponible en la web:

https://aprendeenlinea.udea.edu.co/revistas/index.php/estudios_de_filosofia/article/view/26695(Consultada el día 16/ 3/ 2017): "Un humanismo trascendental de la subjetividad del cuerpo y la expresión objetiva de la carne, así como de la autonomía radical de un ego que es trascendentalmente idéntico a su cuerpo viviente propio (el "cuerpo subjetivo"), que se relaciona con la esfera de la exterioridad trascendente a sí mismo en términos de vida activa, sentiente y volente”.

⁴ En BLOCH, op, cit., p. 13: “La consideración antropológica del hombre como "ser utópico", como expresión de una realidad aún no conclusa y que se trata de ir transformando”.

2. RASGOS CONFIGURADORES DE LA PERSONA DESDE EL NIHILISMO.

2.1. El trance existencial de la nada al ser

Las sociedades actuales caracterizadas por el nihilismo nos llevan a los espacios vacíos que la modernidad ha creado. Como apuntaba Bloch, “sigue faltando lo importante, y no cesa por eso de introducirse el sueño en los espacios vacíos”⁵, espacios vacíos que la realidad del nihilismo lleva en el interior de su misma constitución y están llamados a ser recreados en esperanza. Así el nihilismo se ha definido por algunos autores como el lugar “donde no sólo el pensamiento, sino también el actuar del hombre está guiado por la convicción nihilista de que las cosas son nada, en el sentido de que pueden ser extraídas de la nada y remitidas a la nada, o sea, fabricadas y destruidas (en la nada), según su propio antojo”⁶. Y es que realmente estamos en una sociedad donde la crisis de sentido, la desvalorización de los valores y la pérdida del centro expresan rasgos configuradores de nuestro tiempo. El nihilismo nos hace conscientes de que el sujeto moderno se ha quedado sin raíces, desorientado en medio del desencanto de la vida y ello nos adentra en la cuestión de cómo dar sentido al “mero hecho de existir”. Porque en esta “época nihilista”⁷ estamos ante el no ser que envuelve la existencia y el no ser que anida en la raíz de la persona, o como dice Heidegger cuando define el nihilismo desde su concepto más literal “se trata en todo caso de la nada y por lo tanto, de una manera especial, del ente en su no ser”⁸.

Nos podemos preguntar si la “época nihilista” como realidad histórica está siendo la visibilización, la corporalización de un fondo real que tiene lo existencial, el sujeto, la sociedad y que el proceso histórico por el que ha ido discurriendo la humanidad ha provocado la emergencia de ese fondo que anida en la realidad no visible, sumergida de todo lo existencial viviente. Es decir, “un dejarse ver “en la desnudez de su manifestación”⁹. Así, atestiguan las palabras de Heidegger cuando dice,

⁵ Ibídem, p. 56.

⁶ En este sentido también lo expresa VOLPI en *El nihilismo*, Madrid, Ediciones Siruela, 2007, p. 180.

⁷ Vid. ÁVILA, R., *El desafío del nihilismo. La reflexión metafísica como piedad del pensar*. Madrid, Editorial Trotta, 2005, p. 27

⁸ En HEIDEGGER, M., “El nihilismo europeo”, Traducción de Juan Luis Vermal, en *Heidegger, M., Nietzsche II*, Barcelona, Ediciones Destino 2000, p. 12.

⁹ En CARDO LLORENTE., op, cit., p. 3.

“la nada no es el concepto contrario a lo ente, sino que pertenece originariamente al propio ser”¹⁰, de ahí que el nihilismo está trayendo a la sociedad la negatividad, la destrucción, el “no” de la realidad, su lado oscuro y a la persona la desorientación, deshumanización y alienación existencial.

Desde aquí, el nihilismo puede suponer eso que se llama “tocar fondo” donde estamos ante el límite de la muerte o de la vida. Este límite que como tal es angustia y afectación abre paso a la esperanza. Así lo pone de manifiesto Heidegger cuando dice, “sólo en la clara noche de la nada de la angustia surge por fin la originaria apertura de lo ente como tal: que es ente y no nada”.¹¹ Decimos entonces que la nada, el nihilismo, llevado a su conciencia, a su luz interna es lugar de lanzamiento hacia el ser y su posibilidad creadora, hacia un futuro de esperanza. Así pues “el mero hecho de existir” parte de esa travesía existencial que da el paso del no-ser al ser. Es la batalla de la existencia y no la podemos olvidar y menos obviar.

2.2 El Nihilismo como desvinculación y desarraigo

Dentro de la pregunta que orienta el hilo conductor de nuestra reflexión sobre la esperanza en el sujeto moderno, nos centramos en otro de los rasgos transversales de la modernidad y del nihilismo como es la autonomía del sujeto unida a la desvinculación y el desarraigo existencial.

Nos preguntamos por qué la autonomía del sujeto, el proceso de creación del yo y su subjetividad, cuyos pilares fueron plantados con el *ego cogito* de Descartes¹², han venido sostenidos desde la comprensión de un sujeto que se desvincula, es decir, deja de vivirse afectado, deja de vivir “se” en conexión afectiva a través de “sus” sentimientos y emociones, con todo aquello de lo que venía viviendo como pertenencia y arraigo: cosmos, naturaleza, sociedad, religión, es decir con todo aquello que supone una interacción con la alteridad, con lo “otro de sí mismo”, que venía a configurar su marco referencial de vida y desde aquí la comprensión de sí mismo en medio o junto a la

¹⁰ Vid. HEIDEGGER, M., *¿Qué es la metafísica?*, Madrid, Editorial Alianza, 2014, pp. 35-36.

¹¹ En HEIDEGGER., *¿Qué es la metafísica*, op, cit., p. 34.

¹² En CHARLES., *La era secular*, op., cit., p. 451.: “La objetivación de Descartes comporta una retirada no sólo del campo de los significados cósmicos, sino también del cuerpo. (...) No podemos asumir las verdades que hemos aprendido fiándonos de los demás, debemos generarlas, cada uno por sí mismo, en un proceso de razonamiento cierto a partir de ideas claras y distintas. Este poderoso modelo de desvinculación generalizado es transmitido en la tradición de la modernidad”.

realidad de las cosas y del mundo en su acontecer y desarrollo. Unir desvinculación a autonomía podemos decir que puede ser unos de los caminos que ha conducido a la historia de la modernidad al nihilismo y por ello a una despersonalización del sujeto.

Así lo ha visto Taylor cuando trae el yo desvinculado, “impermeabilizado”, en el que se ha convertido el yo de la modernidad, “el yo delimitado, impermeabilizado: las cosas que están más allá no necesitan llegar a mí. (...) El yo impermeabilizado trae la desvinculación con las cosas, desde su vivencia de autonomía. (...) Y la desvinculación es a todo nuestro entorno, natural y social.”¹³ Esto nos muestra la pérdida de significación, por lo tanto, una pérdida de sentido y de valor.

Dejar lo externo a nosotros sin significado es ser conducidos hacia el vacío y la nada. Podemos decir que damos significado a aquello que nos importa, que nuestro mundo de interés está estrechamente vinculado a nuestro campo afectivo y lo que ha dejado de importarnos pasa a la dimensión del no-ser, deja de ser. Entonces cabe preguntarnos qué es lo que le importa al sujeto autónomo cuya raíz de su autonomía es la desvinculación. ¿Qué marcos referenciales, qué comprensiones de si y del mundo está teniendo?¹⁴

Decimos que “lo que nos importa” tiene que ver con “lo que nos afecta” y lo que nos afecta entra en la dimensión de lo afectivo, que es nuestro cuerpo dejándose ser y sentir en interacción y vinculación con la realidad, nuestro “ser-aquí” en totalidad como dice Heidegger, “(...) el hecho de encontrarnos en un estado de ánimo no sólo desvela a su modo lo ente en su totalidad, sino que tal desvelar es al mismo tiempo el acontecimiento fundamental de nuestro ser-aquí. Lo que llamamos sentimientos.”¹⁵ Nuestro ser-aquí, es un estar siendo cuerpo, un “desvelar” de aquello que somos por dentro y lo manifestamos como presencia y actuación, nos hacemos presencia-cuerpo y acto en movimiento. Así pues, se da una interacción- vinculación entre lo real y lo que nos afecta. Por ello el “ser –aquí” el “mero hecho de existir”, nos lleva a afirmar la condición del ser desde la vinculación, una vinculación de la que va a surgir el sujeto autónomo llevado a una comprensión unitaria de sí mismo en relación con los otros y

¹³ *Ibidem*, pp. 74-75-80.

¹⁴ En CHARLES., *Fuentes del yo. La construcción de la identidad moderna*, Op, cit., P. 39: “Un marco referencial es aquello en virtud de lo cual encontramos el sentido espiritual de nuestras vidas. Carecer de un marco referencial es sumirse en una vida sin sentido espiritual. Por eso la búsqueda es siempre una búsqueda de sentido. (...) Encontrar un sentido para la vida depende del enmarque que demos a las expresiones significativas adecuadas. (...) las vidas tienen o carecen de significado cuando tienen o dejan de tener sentido”.

¹⁵ Vid. HEIDEGGER., *¿Qué es la metafísica*, op, cit., p. 28.

con el mundo. Es decir, podemos empezar a comprender un sujeto vinculado y autónomo a la vez.

3. EL CUERPO: CONDICION DE POSIBILIDAD PARA SER.

La sociedad nihilista y en ella la persona está reclamando la conciencia de su no-ser y de su raíz desvinculada para poder reconstruir su identidad más originaria. Un reconstruir desde la comprensión que tiene Bloch de la esperanza entendido como ese proceso en movimiento de la realidad de lo que todavía no llega a ser y tiene que llegar a ser, “lo insolucionado del existir”¹⁶. Cabe preguntarnos: ¿De dónde viene la novedad de lo que tiene que llegar a ser en la persona? ¿Desde dónde podemos reconstruir el proceso de creación de sentido del sujeto? Preguntas orientadas a la búsqueda de un origen desde el que pueda resurgir la persona en su ser y vivir. Lain Entralgo dice que “mi conciencia de ser y vivir aquí y ahora es siempre, en una u otra forma, conciencia de mi cuerpo, experiencia de una actividad de la que el cuerpo es parte esencial. (...) ¿Cómo mi cuerpo me concede la certidumbre de mi existencia, cómo, sin necesidad de razonamiento alguno, me permite decir «yo existo»?.”¹⁷ Podemos decir que nuestro “ser- aquí”, la materialidad de nuestra existencia sobreviene en nuestra corporalidad. En esta corporeidad espacio-temporal es donde podemos empezar a buscar la creación nueva en el “ahora” porque en ella se está manifestando permanentemente el ser del sujeto, se da “su modo concreto de epifanía y mostración”¹⁸. Y en su mostrarse se revela una corporeidad vinculada en conexión con todo lo otro que viene a “aparecerse” junto a él.

Entonces estamos poniendo el origen de la esperanza, de “la novedad continuada” dentro del “proceso del mundo” en el sujeto. Un sujeto que comienza la existencia en su corporeidad. Esta unidad entre ser y cuerpo viene referida a lo que Michel Henry denomina “cuerpo subjetivo”¹⁹ y “la subjetividad entendida como el envés o el otro pliegue de la totalidad de lo existente”²⁰. Esta concepción del cuerpo subjetivo hace

¹⁶ En BLOCH., op, cit., p. 360

¹⁷ En LAIN ENTRALGO, P., *El cuerpo humano. Teoría actual*, Madrid, Edición Espasa-Calpe, 1989, p. 122

¹⁸ Vid. CARDO LLORENTE., op, cit., p. 2.

¹⁹ *Ibíd.*, p. 4.: “Una concepción de la subjetividad encarnada en la cual “el ser esencial” del cuerpo es localizado en “el cuerpo subjetivo como experiencia interna trascendental del movimiento y del sentir”. (*Filosofía y fenomenología del cuerpo*. 2007)

²⁰ *Ibíd.*, p. 3.

frente al nihilismo que ha vaciado de sentido el cuerpo, lo ha convertido en hueco vacío, en una nada, en una cosa entre las cosas.

Dejar la experiencia del cuerpo vacía es dejar al sujeto en un no- existir como falta de significado, un no-ser en medio del mundo, un dejar de ser presencia y lugar. Y si dejamos de ser presencia dejamos de visibilizarnos desde el interior del yo como subjetividad y conciencia. Así pues entramos en la franja del anonimato, de la vaciedad alienante, podemos decir, ese “no sentirse alguien” en medio del mundo.

Sin embargo el nihilismo en su no-ser, está reclamando como decíamos la reconstrucción de la identidad del sujeto (cuerpo subjetivo) y nos preguntamos ¿cómo podemos resurgir del no hacia el sí, o de la negación a la posibilidad y la creación?. Schopenhauer nos muestra una senda y dice “el horror a esa nada y a ese vacío son, sin embargo, voluntad de vivir”²¹. Es en esta afectación donde somos lanzados hacia el querer vivir, “autoafección vital en la que consiste nuestra carne, nuestra subjetividad encarnada y corporalmente constituida”²². Así pues la manifestación del yo surge en el ámbito de la afectividad originaria, como la pulsión hacia la vida, arranque inmanente que viene a afirmar el “sí” ontológico, sobre el “no”. Entonces la afirmación del “sí”, se sostiene en un “querer” determinado, plantado y en lucha permanente con la vaciedad, la negación, la destrucción del impulso de muerte, a través de una corporeidad subjetiva que vive en un constante movimiento recíproco con el mundo que se da como alteridad a este sujeto. En el proceso de la historia el “sí” nos trae las claves de la posibilidad “la idea de que no hay nada concluso, que la realidad es proceso, que lo posible está siempre surgiendo de lo real”²³, y la clave de la posibilidad nos adentra en la realidad de la esperanza y en ella el futuro abierto. Y es esperanza “porque el mundo aún no está concluso, porque los hombres estamos siempre en el camino y esperamos que lo mejor aún esté por llegar”²⁴.

4. EL SUJETO COMO CONCIENCIA ANTICIPADORA: LA ESPERANZA

4. 1. La imaginación, el imaginario y la utopía.

²¹ En SCHOPENHAUER, A., *Sobre la libertad de la voluntad*, Madrid, Edición Alianza, 2012, p. 32.

²² En CARDO LLORENTE., op, cit., p. 17.

²³ Vid. BLOCH., op, cit., p. 15.

²⁴ *Ibidem*, p. 14.

Poner el origen en el sujeto – cuerpo-conciencia subjetiva- de aquello que tiene que llegar a ser en lo real nos orienta directamente hacia la pregunta de qué hay en el sujeto que permite ir hacia lo que todavía no existe como proyección saliente desde sí. Podemos decir que el ser entendido como posibilidad conlleva intrínsecamente un movimiento “hacia”, Bloch dice que "el ser se entiende desde su "de dónde" y por eso, sólo como un algo igualmente tendente, como algo hacia un "a dónde" todavía inconcluso"²⁵. Desde todo aquello que existe y que existe como afectación en el sujeto surge un movimiento de anhelo hacia aquello que todavía no es y que en su afectación se vivencia como carencia, como aquello que falta, es decir, “el impulso trata por doquier de llenar con algo exterior un vacío, una carencia en la aspiración y en el anhelo, algo que falta”²⁶. Así pues, “lo que falta” despierta y abre nuestra capacidad imaginativa, movido por la fuerza intrínseca del impulso del deseo y el querer. La imaginación viene a crear representaciones²⁷, plasmaciones de realización que quieren corporalizarse en la realidad concreta.

Las representaciones están indicando que la sociedad vive y se estructura de “imaginarios sociales”, expresión acuñada por Taylor sobre el imaginario social “las formas en que imaginan su existencia social, cómo se integran con los demás, cómo se desarrollan las cosas entre ellos y sus semejantes (...)”²⁸. Esta aprehensión de cómo nos situamos en la realidad con respecto a nosotros mismos y con respecto a los otros y las prácticas sociales que ello comporta es lo que viene a referir Taylor como el “trasfondo”²⁹. Es decir, el sentido, el “desde dónde” nos imaginamos y nos concretamos en el “aquí” que vivimos. Así pues la esperanza como proceso de creación hacia lo que no existe es un proceso transformador de lo que existe. Es decir, la esperanza parte del imaginario social en el que se está viviendo ante el cual hay una insatisfacción, “aquello que falta”, para ir hacia un proceso de gestación y creación de nuevos imaginarios sociales. Este movimiento transformador es la utopía”³⁰. Utopía lo podemos definir como

²⁵ *Ibíd.*, p. 43.

²⁶ *Ibíd.*, p. 74.

²⁷ *Ibíd.*, p. 74.: "las representaciones incitan al deseo en la misma medida en la que lo imaginado, presentado, promete realización".

²⁸ En CHARLES., *La era secular.* op., cit., pp. 275-276.

²⁹ *Ibíd.*, p. 280: "El trasfondo que da sentido a cualquier acto dado es, así, amplio y profundo. (...) podemos decir que otorgar sentido depende de todo nuestro mundo, es decir, de nuestra conciencia de nuestra situación global en el tiempo y el espacio, respecto de los demás y de la historia".

³⁰ “La función de la utopía es de índole subversiva, cuestiona lo actualmente existente, pero este deseo de ruptura de lo ya conocido no se agota en una crítica destructiva. Sobre las ruinas de lo real, se construye

“ningún lugar, sin lugar, lugar que no existe”³¹. Si es un “lugar que no existe” y es como hemos indicado un elemento transformador de la realidad nos estamos abriendo a la dimensión de la anticipación desde la imaginación subjetiva. Así pues, el tiempo y el espacio lo estamos llenando de una nueva dimensión de sentido y significado que es la creación de lo que tiene que llegar a ser concretado y realizado en el hoy, en el ahora de lo que acontece y aparece. Es decir, el tiempo y el espacio está “configurado”, “confundido” por su ser utópico. Así pues el momento presente, su acontecer trae la totalidad de la imaginación utópica, la totalidad de la imaginación de aquello que el sujeto desde su conciencia subjetiva está proyectando, visualizando, trascendiendo y desde ahí se concreta en su “ahora” mirando hacia lo que tiene que llegar a ser y falta. Entonces la imaginación utópica está trayendo el “ahora” creador y gestador de lo nuevo.

Podemos decir entonces que la realidad entendida como proceso de esperanza vendría a ser lo más real de aquello que está aconteciendo. Es decir, en la dimensión del “ahora” es más real lo que se está gestando como creación de futuro, de esperanza que aquello que podemos constatar como lo fáctico. Entonces diremos que el proceso de esperanza está viniendo de la realidad utópica que el sujeto sea capaz de vivir y de la apertura hacia un nosotros creador de nuevas realidades, “el deseo de la utopía no es el desear aislado de un hombre solitario, sino el deseo que brota de una comunión de libertades, un desear con los otros”³².

4.2. El sujeto como espera: acción transformadora de la realidad.

En la línea de nuestra reflexión hemos afirmado que el sujeto surge y se manifiesta desde su ser afectado y afectivo. Dentro de esta clave nos preguntamos por el “afecto” que mueve su afectividad hacia la esperanza y hacia su “ser utópico”. Bloch dice que “el afecto de espera más importante, el afecto del anhelo, y, por tanto, del yo

en forma de deseo otro modo de ser de lo real. La función constructiva de la utopía es la exploración de lo posible en tanto posible, sin someterla a la exigencia de tener que demostrarnos ninguna clase de eficacia histórica”. VANREL. N., “La imaginación utópica como atributo de la libertad. Un comentario a partir de la concepción de imaginario social en Paul Ricoeur”, en *Teoliteraria*, 2014, V. 4, nº 7, P. 221. Disponible en la web:

<file:///C:/Users/usuario/Downloads/DialnetLaImaginacionUtopicaComoAtributoDeLaLibertadUnCome-5363331.pdf> (Consultada el 10/5/2017)

³¹ *Ibidem*, p. 220.

³² *Ibidem*, p. 228.

es, sin embargo, y sigue siendo la esperanza”³³. Así pues, el afecto de la espera viene a delimitar, identificar y arraigar la esperanza en el sujeto. El sujeto que vive afectado por la espera anclada en la raíz de su intencionalidad, diríamos en la constitución más íntima (intimidad) de su conciencia-subjetiva se está situando en su contexto espacio-temporal como anticipación de aquello que espera. Su proyección imaginativa, que la espera de aquello que se quiere genera tiene la fuerza de la anticipación transformadora, viene a adelantar aquello que se espera, es decir, el futuro.

La dimensión de la espera que trae la esperanza en su configuración interna, no sólo viene dada desde el sujeto sino también desde el interior de la misma realidad. Hemos afirmado que el espacio y el tiempo lleva intrínseca la dimensión de la utopía, esto significa que la realidad, la historia está también a la espera para ser llevada hacia lo mejor de sí misma y va a necesitar la mediación de la intervención del hombre para ir hacia lo que tiene que llegar a ser. Es decir, la realidad está a la espera de una “libertad transformadora”³⁴ para poder ser desde su llamada y sentido más originario como proceso de esperanza. ¿De qué sujeto interviniente y transformador estamos hablando? Dice Bloch que son “hombres productores de su historia”³⁵, así pues, estamos introduciendo la dimensión de la producción, es decir, el trabajo, como condición de posibilidad para hacer brotar la realidad en su dimensión anticipadora “el quicio en la historia humana es, sin embargo, su creador, el hombre que trabaja, el hombre finalmente no alienado, enajenado, cosificado”.³⁶

Entonces podemos responder a la pregunta diciendo que es un sujeto que comprende su estar (cuerpo subjetivo) en medio de la realidad como aquel que “trabaja”. Es decir, su imaginario social está identificado con el trabajo para poder llegar a desplegar la proyección anticipadora de aquello que espera en medio del mundo. Esta dimensión del sujeto como productor y creador es una dimensión “espiritual” como dice Bloch, “la productividad es espiritual, la creación”³⁷. Es decir,

³³ Vid. BLOCH., op, cit., p. 105.

³⁴ En VANREL., op, cit., p. 225-226.: “Encontramos en la imaginación utópica una de las formas en que la libertad se despliega en su función creadora, esto es posible porque la realidad no se nos impone como algo necesario, sino como un campo de posibilidades abierto a recibir la acción de una libertad transformadora. Se trata de un movimiento recíproco, de mutuo enriquecimiento, ya que esta apertura de la realidad, su flexibilidad, responde, a su vez, a una disposición de apertura y de recepción por parte del sujeto”.

³⁵ BLOCH., op, cit., p. 294.

³⁶ Ibídem, p. 295.

³⁷ Ibídem, p. 154.

para plasmar aquello que anticipa, la obra, lo necesita hacer de forma simbólica y el despliegue de lo simbólico en el sujeto conlleva la dimensión de lo espiritual que lleva constitutivamente el hombre y la mujer en su raíz antropológica.

El estar ante la dimensión simbólica de la obra nos lleva a preguntarnos por la orientación de sentido que tiene su presencia anticipadora. Taylor dice que "(...) la noción del yo que conecta con nuestra necesidad de identidad toma este rasgo esencial de la acción humana: la imposibilidad de sostenernos sin una cierta orientación al bien, el hecho de que cada uno de nosotros esencialmente "somos" el lugar donde nos situamos al respecto".³⁸ Podemos decir entonces que la utopía, el "ningún lugar" del que está habitado todo lugar, lleva intrínsecamente el referente del bien, la creación del bien, como su sentido y orientación última. Es desde aquí desde donde podemos decir que la esperanza está trayendo una afectación última, que es la búsqueda y la realización del bien en medio de nuestra historia y de su proceso en movimiento constante.

Es aquí desde esta orientación al bien, como un marco referencial existencial de sentido para el sujeto y el mundo, donde podemos quedar cuestionados acerca de cómo vivimos nuestro hoy y cuál está siendo nuestra dirección de sentido.

³⁸ En CHARLES., *Fuentes del yo. La construcción de la identidad moderna*, Op, cit., P. 60.

